

COSQUILLAS

30 céntimos



UNA ROMANTICA, por Demetrio

—¡Qué hermoso es el mar y qué inmenso...!— ¡Qué bellezas contiene!... ¡Tiene cada teniente de navío...!



Una escena de la estupenda película alemana, prodigio de dirección artística y de dominio de la fotografía, titulada "El hombre que venció al amor".

R. 4918

COSQUILLAS

REVISTA COMICO
SATIRICA

Administración:

EDITORIAL 1927

Oficinas: Campomanes, 12

APARTADO 8.032

Precio del ejemplar: 30 cts.

Director: INCORDIEZ

Año II Madrid, 13 de Agosto de 1927 Núm. 46



DIAZ-ANTÓN

No se me quita de la cabeza lo anterior...

Porque si yo tuviera dos cabezas para pensar a modo el ídem de no pagar al sastre, me saldría mucho mejor pensado, que si lo discuro con una sola cabeza. Cuando ya casi resuelto imaginativamente el truco y cuando mi mente sintiera fatiga poniendo en peligro de fuga a las ideas casi concretas del cómo había de evadirme del pago, ¡zás!, la otra cabeza de refresco, comenzaba su labor pensante hasta redondear la idea... ¡Sería convenientísimo! ¡Pues no digo nada de la ventaja de tener dos juegos de piernas!... No habría distancias para mí y los taxis se iban a hacer la indigestión...

Estoy con fiebre pensando en el caso... ¡Cuatro piernas, cuatro brazos!... ¡Dos cabezas!... Y nada de gastar las energías a un tiempo. Mientras un juego rendía sus beneficios, el otro en reserva... ¡Para enloquecer!

LO MAS DIVERTIDO Y LO MAS SUGESTIVO

Esta semana se ha puesto a la venta el número 7 de la Biblioteca de Cosquillas. "La hija del Lama" es su título y está escrita por varios guacanas de esta redacción. Dibujos de Demetrio y Díaz-Antón. 30 céntimos.



No metas las rodillas en el gazpacho cuando lo comas en casa extraña. Ten en cuenta que hay mucha gente rara que se alarma por las cosas más naturales.

Ninguna mujer normal se ofende por saberse deseada. No te digo nada con la voz del regocijo que perciben las coquetas cuando notan a un señor hecho carbonilla por ellas. Pero existe una gran diferencia entre la mujer normal y honesta y la coqueta desequilibrada y disoluta.

Cuando una mujer seria te mira a los ojos y te aprieta la mano, cuéntala formando parte de tu harém, aunque nada la hayas pedido. Pero cuando una coqueta tornadiza esté ya despojándose de su combinación en honor tuyo, y aunque sea a puerta cerrada y a llave echada, desconfía de que se verifique el encuentro.

Cuando enloquezcas pensando en los brazos y las piernas de una mujer casada, no dejes de dedicar un respetuoso recuerdo a los brazos y piernas de su marido. ¡Hay que estar en todo por si las moscas!

tas en estado de feto por "Chino desconocido"

LA MONSTRUOSIDAD PERFECTA

he leído en La Voz de hace o cinco días y, desde entonces no descanso pensando en el extraordinario caso. Dice el programa de La Voz, que se ha dado, en no recuerdo qué país, un hombre que tiene dos cabezas, dos brazos, cuatro piernas, etcétera. Y que cuando una de las cabezas articula, la otra permanece inactiva; y que cuando dos de los brazos se agitan, los otros dos penden inactivos; y que cuando dos de las piernas se encogen prudentemente para no estorbar... ¡Hecho un ovillo pensando en este extraordinario caso! ¡Ahí es donde se encogen prudentemente para no estorbar!



E o g i o d e l a p i p a

En París, nada menos que en París, la sede de la "Libertad, Igualdad, Fraternidad", les ha sido prohibido a las señoras el uso de la pipa. Lo hemos leído en un periódico muy serio: el *A B C* del viernes. Parece ser que unas muchachas encantadoras, muy orgullosas de sus lindas pipas, las ostentaban en un "bar" del bulevar Saint Michel, en el barrio Latino, y que a su alrededor, se congregó la gente. Sobrevino el guardia, se produjo el señor Alcalde y se discutió, por espacio de un par de semanas. El final ha sido

proclamar que las damas tienen derecho al uso de la pipa en el orden privado; pero que es estricto exhibirse, mostrándolas, en los lugares públicos.

Se me antoja una iniquidad. Bueno prohibir que los caballeros suban a las plataformas de los tranvías llevando entre los dientes unas pipas renegridas y apestosas que dan náuseas; pero..., ¿qué tiene eso que ver con las pipas menuditas, graciosas, perfumadas, que usan las chicas "bien"?...

Esta clase de pipas son un encanto en París, en Roma y en la Cochinchina. Entre unos labios finos y sonrosados, cada pipa de esas es una joya. Las autoridades francesas han hecho traición, con su draconiano veto, a la proverbial elegancia parisina. Se han acortado las distancias entre París y Almendralejo.

Ya no merece la pena cambiar unas pesetillas en francos para ir a París en busca de exquisiteces. Antes, nos atraía la seguridad de que habíamos de toparnos con algún espectáculo gracioso, como ese de las muchachas que en las terrazas de los "bares", lucían sus pipas con juvenil desenvoltura y que, a lo mejor, no tenían inconveniente en ofrecernos una chupadita.

Como cantaban en "Los Sobrinos del Capitán Grant":

"Entre dos que se quieren,
qué gusto da,
qué gusto da,
un cigarrito a medias
poder fumar
poder fumar."

Y es un engorro que, so color de moralidades, se nos impida el dúo.

La pipa es un chirimbolo higiénico. Una pipa limpia, es una caricia en los labios. La pipa es un objeto categóricamente femenino,

así como la cachimba—un recipiente que no cabe en la palma de la mano y un tubo gordo, como es menester—, es propia de la masculinidad.

Las alegres chicas de Montmartre, estarán desoladas.

Y nosotros, con ellas. Aceptado que fuman, que no lo hagan a mano. Se ennegrecen las uñas. Se despintan los labios. Amarga la nicotina en la punta de la lengua...

La pipa obvia toda dificultad y, además, con sólo verla, se descubre la condición de la mujer. "Dime qué pipa gastas y te diré quién eres."

Tengo para mí que, en aras de la elegancia francesa, la orden ha de ser anulada. La libertad exige que todo quede en el cuento de la buena pipa.

LEOPOLDO BEJARANO.

Bocadillos de Verano

—Aurorita; te invitamos a que vengas con nosotros el domingo de excursión a la sierra. Te divertirás mucho. Van unas chicos muy simpáticos con los que jugaremos al escondite, al zurriago escondido...

* * *

—Luisa; ¿te has fijado lo raro que es aquel barquito que anda alrededor de aquellas peñas?

—¡Pero, mujer! ¿Cómo andas tan mal de la vista? ¿No ves que es Santiaguito que nada boca arriba?

—Pues hija; me había parecido un vapor...



AL PIE DE LA LETRA, por Picó.

¡Una cosa atroz, chica. No hice más que decirle que yo todo me lo echaba a la espalda, cuando tuve que empezar a darle cocest!




¡Esto es perfección! No hay más que darle a la llave, y está saliendo todo el rato que uno quiera...

Dib. de Picó.



LOS PLACERES DEL CAMPO, por Demetrio.

(La que está sentada).—¿Ves cómo has acabado por decidirte?



Cosas de Belorcio

Incoherencias y armas al hombro

Con este calor no está uno para nada.

Ni siquiera para eso, mi dulce y sudorosa amiga.

Yo, por lo menos en cuanto el termómetro pasa de los 35° no coordino. Y creo que a la mayoría de mis compatriotas les ocurre lo propio. De no ser así no nos explicaríamos nunca lo que le ocurrió el otro día a nuestro amigo Cornichet.

Fué así:

Viajaba Cornichet en el tranvía de Navalperal. Por rara casualidad iba sólo en el departamento y, suponiendo que iba a tener igual suerte durante todo el viaje, se puso todo lo fresco que pudo: se quitó la americana y el cuello; se descalzó y se desabrochó hasta... ¿cómo diríamos? Bueno, se desabrochó absolutamente todos los botones de las prendas que llevaba encima. Absolutamente todos.

De esta guisa, tendióse cómodamente sobre el mullido asiento—habíamos olvidado decir que Cornichet viajaba en segunda—y se dispuso a echar un sueñecito.

Pero he aquí que al llegar el convoy a Villalba, se abrió la portezuela y penetraron en el departamento de nuestro amigo la cincuentona más fea, más bigotuda y más; antipática del orbe, y la rubia más gentil, más bella, más espiritual y más sugestiva de la Creación. Adormilado y todo, Cornichet, al darse cuenta de la irrupción, pegó un elegante salto, se puso la americana del revés, acertó por milagro a ponerse el calzado y quedó sentado en el asiento, poniendo una cara genialmente idiota, bajo la mirada irónica de la guapísima nena y la muy ceñuda de su reverenda madre.

Y, claro es, a causa de la precipitación con que el hombre hubo de vestirse y de abotonarse, olvidó abrochar ciertos botones, dejando abierto un tenebroso portillo al impudor.

Las miradas de la chava eran cada vez más guasonas y más iracundas las de su madre. El pobre Cornichet no sabía a que achacarlo y sudaba *ecla*.

Reflexionó.

Seguramente creerían las viajeras que su compañero de viaje era un hombre vulgar, ineducado y bastote... Era preciso sacarlas de su error. Y como en aquel momento observase que la relampagueante mirada de la obesa señora se hacía más dura, decidió iniciar la conversación, enfocando un tema de altura. Pero en aquel instante advirtió su olvido. Allí, bajo su vientrecillo voluminoso se veían los desabrochados botones y el pico de un blanco lienzo, meta de las iracundas miradas de la matrona.

Y azorado, sin coordinar, llevándose ambas manos al lugar del siniestro, balbuceó:

—Ustedes... no... no habrán visto nunca a Titta Rufo, ¿verdad?...

—¡No señor!—rugió la matrona—. ¡Y como llegue usted a sacarle, llamo a un guardia!

El calor, que le arrastra a uno a toda clase de incoherencias.

Además de la incoherencia, el calor produce otros frutos entre los cuales figura por derecho propio la languidez.

Véase lo ocurrido a una cancionista de la clase de ingenuas en un teatrillo de Cogolludo.

La ciudadana en cuestión es de

lo más incitante que nos hemos arrojado al rostro en nuestra atropelladora vida. Y en cuanto llega este tiempo, la pobrecita se pone de un sugestivo elevado que descoyunta. Casi todas sus actuaciones se distinguen por la excitación que producen en el elemento masculino, pero en este tiempo la excitación llega al paroxismo con grave peligro cuando no detrimento de los locales donde actúe la aplastante gachí.

Y en Cogolludo hizo tales cosas en el escenario; tal movimiento rotatorio imprimió a sus postrimerías, y con tal gesto pícaro matizó sus cuplés, que media docena de decidísimos morenos, saltaron al escenario relinchando y dando al aire potentes muestras del entusiasmo de que estaban poseídos. Costó Dios y ayuda... y unos cuantos cubos de agua fresca hacerlos renunciar a su propósito.

Y, alejado el peligro, gritó el empresario a la nena:

—Es preciso que te reprimas un tanto Fulanita. Estoy viendo que la noche menos pensada, van a asaltar tu camerino veinte o treinta de esos salvajes y te van a atropellar. A lo cual contestó la ingenua:

—Bueno... Déjelos...

La languidez.

Ahora se llama así.

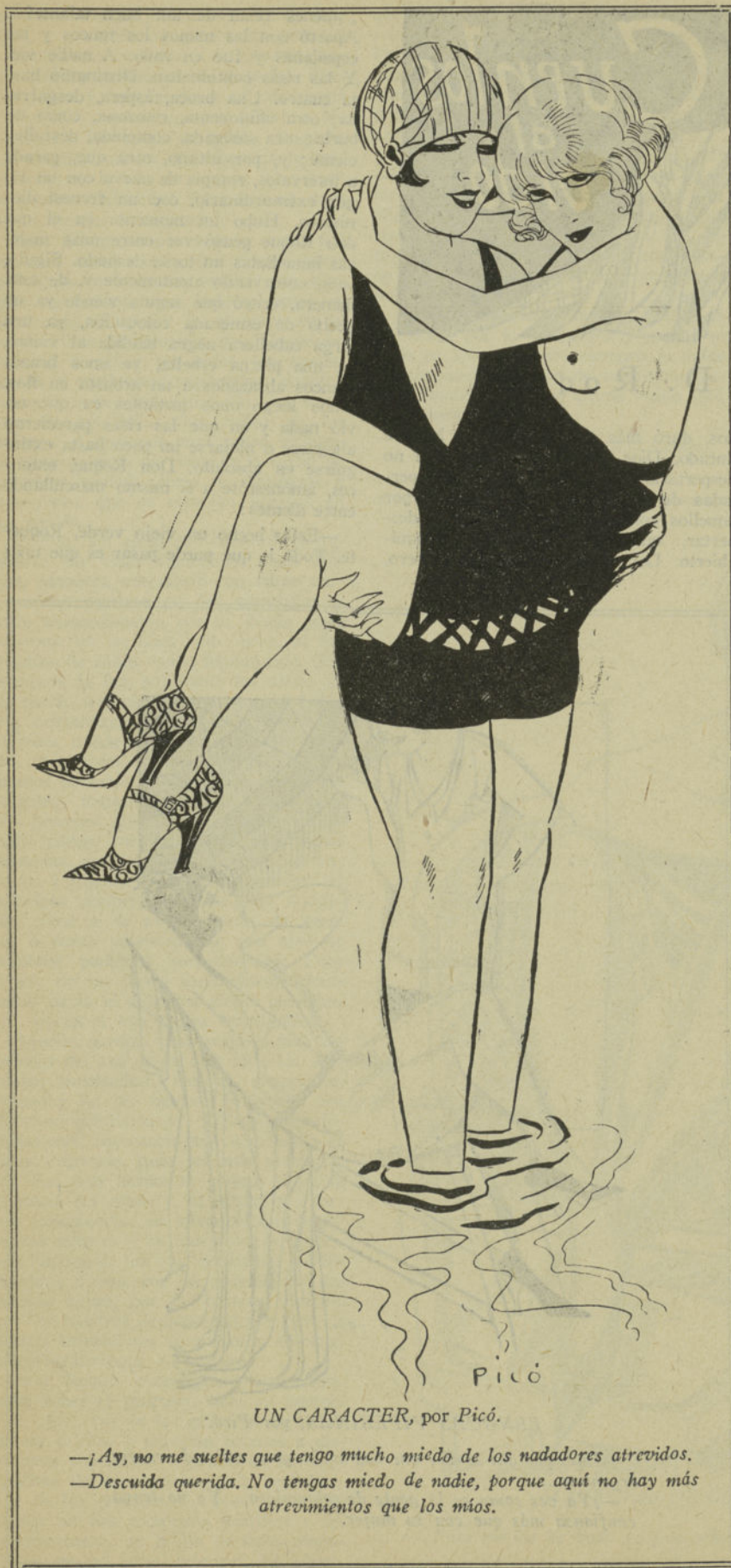
BELORCIO.



El marido.—¡Qué ya sabes que no quiero que te bañes con tu primo!

Ella.—Descuida que no haré más que humedecerme.

Dib. de Picó



UN CARACTER, por Picó.

—¡Ay, no me sueltes que tengo mucho miedo de los nadadores atrevidos.
—Descuida querida. No tengas miedo de nadie, porque aquí no hay más atrevimientos que los míos.

Chispazos

En unas declaraciones hechas por Rayo, el campeón de boxeo, a un periodista, ha dicho:

—“Temo más a las mujeres que a mis competidores. A esas, no les acepto más que un combate cada cinco días y a un sólo “round...”

Y una chula chamberilera, al leerlo, exclamó despectivamente:

—¿Y para eso se llama Rayo y es campeón de fuerza? Ese hombre no es un rayo... todo lo más un relámpago, y de los más fugaces.

En París hay un follón muy curioso y divertido sobre el color del vestido que en *cualesquier* recepción usará el *maitre d'hotel*... Y aunque se habló largamente hasta el momento presente no existe acuerdo sobre él; a mí, el debate me admira, pues creo con Campoamor que eso, es según el color, del plato con que se mira. Y lo que hay que resolver lo mismo en China que en Francia es, que más que la elegancia, sirvan mejor de comer.

Porque el dueño de un restaurant de París no permitió fumar en pipa a dos bellas francesillas del barrio latino, éstas han denunciado al hosteleros en la Prefectura.

Y al saber la decisión dijo así mi amigo Schipa:
—¡Se vé que las socias son de las que fuman en pipa!

Una linda americana que perdió en el Casino de Dauville una fuerte suma, al ser solicitada para que diese un donativo para una rifa, como no tenía qué dar, se ofreció en prenda rifándose entre los concurrentes. Nos parece muy lógico que una *americana* se ofrezca como *prenda*; porque, al fin y al cabo, una buena americana siempre es una *prenda* muy estimable. Nosotros estamos pensando con envidia en las veces que se la habrá puesto el afortunado en la rifa.

El problema del desarme no se puede resolver, pues nadie quiere ceder en el asunto un adarme. El caso era de esperar, pues es un hecho probado que, aquel que está bien armado, se trata de reservar.



Como murió D. Roque

Don Roque, eximio pescador, salió aquella mañana del pueblo y, anda que andarás, a la luz indecisa del alba, por los campos en los cuales se veían aún anchos meandros de sombra, llegó al río, que corría a un par de kilómetros de distancia, ancho, apacible, orillado de juncos y verdigrises sus aguas, sobre las que volaban vencejos y golondrinas en loca algarabía.

Con la paciencia proverbial de cuantos se dedican al deporte piscatorio, don Roque comenzó su tarea, tendida la caña sobre el río; tal era la brisa de sutil que el hilo no se movía, como no se movían tampoco los juncos y espadañas de la orilla, ni las frondas altas de unos eriguídos álamos, allí quietos, fijos, sobre el fondo acaramelado del amanecer, con la extática beatitud con que hubiese podido pintarlos Fra Angélico.

La mañana se fué deslizado sin sobresalto alguno. Picaron unos cuantos peces; almorzó el pescador con excelente apetito; y las aguas fueron cambiando de tornasol, según mudaba la fuerza de la luz. Erase un día agosteoño. Don Roque, panzudo, medio calvo, hundidos los ojos tras de los recios cristales de unas redondas gafas, iba sintiéndose ganado paulatinamente por una enervadora letargia. Su mirada, no atenta siempre al corcho delator, perdíase un tanto bovina en torno suyo. Hallábase sentado encima de un pedrusco, como dentro de un dilatado canastillo de verdor. Unas zarzas a su izquierda, unas altas espadañas a su derredor, unos apretados álamos a su espalda, sólo le dejaban libres la contemplación del agua. Pero acontecía de vez en cuando que, movidos por un súbito y fugaz aletazo de viento, álamos, espadañas o juncos se agitaban, y entonces, en una visión momentánea, nuestro buen pescador, sorprendía un trozo de campo rastrojado y amarillento, una montaña lejana y azulosa, un molinillo de aspas quietas, hierático en la cúspide de una colina, o algún hato de cabras a la sombra de unos árboles, ramoneando la escasa hierba entre un leve temblorcillo de esquillas.

Don Roque, sin embargo, a pesar de estas breves distracciones, acabó por dormirse profundamente. Su sueño, el cual imitó al fagot y al óboe con sus ronqui-

dos, duró más de una hora, y hubiese durado, Dios sabe hasta cuándo, de no despertarlo súbitamente unas risas perladas de mujer, que cascabelearon por aquellos contornos. Don Roque, al despertar, quedóse escuchándolas, boquiabierto. Las risas sonaban cerca; pero,

¿quiénes reían de tan buen talante?... Apartó con las manos los juncos y las espadañas y fué en vano. A nadie vió. Y las risas continuaban. Distinguió hasta cuatro. Una broca, áspera, desgarrada; otra chuloncua, retozona, como de burla; otra sosegada, contenida, desfalleciente; y, por último, otra que, parada a intervalos, rompía de nuevo con un vigor extraordinario, con un frenesí dionisiaco. Hubo un momento en el que don Roque pensó ver entre unas malezas inmediatas un torso desnudo. Siguió, pues, observando atentamente y, de esta manera, creyó que seguía viendo ya un pecho de esmerada colocación, ya una larga cabellera negra tendida al viento, ya una pierna esbelta, ya unos brazos blancos abrazados a un arbusto en flor. Hubo luego unos instantes en que no vió nada y en que las risas parecieron ahogarse o alejarse un poco hasta extinguirse en absoluto. Don Roque, entonces, amonestóse a sí mismo mascullando entre dientes:

—Estás hecho un viejo verde, Roque. Todo lo que puede pasar es que unas



LINGÜAS VIPERINAS, por Pico:

—Pues por ahí se dice que has hecho gran amistad con ese argentino...

—¡Ya ves como es la gente de calumniosa... Yo no tengo confianza más que con su mujer.

muchachas estén jugando en aquella maleza, y ya anda tu pícaro imaginación menguendoteías desnudas y tu corazón dándote saltos grotescos en el pecho. Fuera joven y todo, al fin y al cabo, sería disculpable; pero, ¡a tus años!... No saquemos las cosas de quicio, Roquete. De ninguna manera. Ya sabes que la imaginación es la loca de la casa Enciérrala y aherrójala bien. Para lo cual, nada como atender a tu pesca...

Don Roque, somormujado esto, fijó sus ojos en el corcho, que flotaba sobre las aguas, quieto, sin revelar con ningún movimiento que hubiese peces en el mundo. A pesar de abstraer en el corcho toda su atención, don Roque no lograba domeñar sus oídos, los cuales, tensos y vigilantes, registraban cuantos rumores se producían por allí: los susurros de las hojas, los trinos de los pájaros, el croar de unas ranas, el manso canticio de la corriente, a la sazón de un color azulado, lleno de chispazos e irisaciones, que se rompían bruscas en un recodo.

Pronto, sin embargo, volvieron a repetirse las risas femeninas. Don Roque, entonces, entreabrió con mano nerviosa un agujero en las espadañas y miró ahincadamente por él. Nada pudo observar en un buen rato; pero, al fin, quedóse de súbito como hipnotizado, desencajada la faz, palpitante las aletas de la nariz, trémulo el cuerpo. ¡Oh! No era ciertamente para menos. Entre las malezas, donde antes pensara ver o medio ver tantos y tan deliciosos fragmentos de mujer, abriase una especie de plazoleta natural, donde el suelo lucía una hermosa alfombra de oscuro césped. Allí habían surgido cuatro muchachas desnudas, que sin duda acababan de bañarse, formando un corcho encantador. Al principio mantuvieron un poco sosegadas como si se avergonzaran de verse así o como temerosas de que ojos de hombres pudieran sorprenderlas. Pero luego, de un modo instantáneo, levantando hacia el cielo los alegres semblantes, iniciaron una danza infatigable.

Aquello pareció una ronda pagana alrededor del ara de un dios invisible. Las cuatro muchachas, frescas, rozagantes, trabadas de las manos, formaron una deliciosa guirnalda y, chillando desaforadamente, entonaron una cancioncilla de ritmo juguetón, cada vez más precipitado. Sus pies herían el césped según la cadencia del canto y, al saltar, sus carnes descubiertas se tornasolaban de diversos matices y se moteaban de fugitivos lunares de luz que resbalaban por los hombros firmes, por las caderas, por las piernas ágiles, por los rostros joviales, por los vientres desasosegados y por los pechos brincadores como besos enloquecidos, tráfugas y febriles.

Don Roque, contemplándolas, estiraba sobre el pedrusco todo su cuerpo. Sus ojos, tras de las gafas, se le salían de las órbitas y parecían prontos a dispararse contra los hechizos de las muchachas de no contenerlos la reciedumbre de los cristales. La boca se le distendía en una expresión beatífica e insensiblemente, un hilillo de baba penduleaba en su labio inferior. El sátiro,

que todos llevamos dentro, aunque fuera ya en él un tanto caduco, le exasperaba los nervios y le ponía en ebullición la sangre ante aquellas niñas que, igual que en la edad de oro, danzaban en su presencia, descuidadas y graciosas, al aire la púber plenitud de su belleza.

Las muchachas, enardecidas con sus saltos, fueron alejándose del lugar visible para el pescador. Este, a medida que ellas desaparecían fué torciendo más su cuerpo, tanto y de tal manera que, de pronto, perdido el equilibrio, rodó desde el pedrusco al río, donde el malpocado hubo de ahogarse.

¡Muerte envidiable la suya! Por lo repentina, por lo inesperada y porque se llevó en los ojos, para siempre, la dulce y embriagadora visión de cuatro muchachas desnudas... ¿Qué última visión será la nuestra?...

JOSÉ A. LUENGO.

FOTOGRAFÍAS GALANTES: RARAS
Hermosas colecciones
10 pesetas en sellos de Correos

Escribid a **Excelsior**, Poste Restante Central.

BORDEAUX (FRANCIA)

El próximo extraordinario de la *Biblioteca de Cosquillas*, será la segunda parte de "Pierografías" y... ¡Vaya cosas que van ustedes a contemplar!



MADRINAS DE GUERRA, por Demetrio

—¡Pues me las he liado yo con colarme con mi ahijado, porque estoy deseando que cumpla para que venga! ¡Para que venga y para que cumpla!



Charlas de Incórdiez

¡Abora da gusto!

Antes era una verdadera complicación el que una señora se aviniera a complacernos. Tenía que ser una convencida y había de premeditarse el caso atendiendo a todos los detalles de sitio reservado, tiempo suficiente, etc., etc.

Para que una señora se pusiera en pantalón en honor y deleite nuestro, si no se trataba de la mujer propia, tenía que ser una decidida, o una caliginosa perdida, de esas que para que adopten una postura indecente no hay más que invitarlas cortésmente a que lo ejecuten, y no ha terminado uno de invitarlas cuando ya están tomando cosas.

Y es que antes usaban unos complicadísimos trajes y unas mucho más complicadas camisas y pantalones llenas de corchetes y cintajos, en cuya operación de despoje se invertía un buen rato. La estilización de la figura femenina, ha simplificado su veste hasta el extremo de que algunas señoras no tienen que arremangarse para nada, y como concurre la feliz circunstancia de que ahora no se despeinan como antes, resulta propicia cualquier ocasión que tenga de margen más de cuatro minutos, y cualquier *chaise longue* que tenga uno cincuenta, de largo, y aún más cortas si viene al caso.

Antes y por culpa de un lazo que no se desataba, se enfriaba una señora en lo que el caballero le tiraba *bocaos* al nudo que con la humedad de la saliva se apretaba más.

Ahora, y por lo cerca que se ha-

llan del desnudo absoluto, cuando quieren darse cuenta de que el amor en su última fase o sea en su desbordamiento es una marranada; cuando se quieren dar cuenta de eso, digo, ya están aplastando con la espalda todos los razonamientos del pudor y todas las conveniencias sociales, y ya no pueden recular en su libidinoso propósito, porque se lo impida la susodicha *chaise longue* por eso, porque están entre la espada y la *chaise longue*, como vulgarmente se dice.

Nosotros los tíos, seguimos como siempre acondicionados de una encantadora disposición para el amor de tiro rápido. Tres botones son nuestro único valladar, en caso de ojales nuevos, que como estén usados ¡pa qué!...

A la mujer moderna no la impide llevar a cabo la marranadita ni el menor obstáculo si se tiene en cuenta que si la situación del máximo olvido del pudor (¡qué bien digo estas cosas!), lo manifiestan ellas en camisa, resulta que están prepa-



COBA FIN.

La pedicura.— Voy a terminar enseguida con la nena y me voy

radas para pecar en cualquier momento, porque algunos trajes de calle, son camisas de color. ¡No digo nada de algunos trajes de andar por casa! Con algunos trajes de andar por casa están en constante peligro esas damas caritativas que no pueden ver a un señor sufriendo por ellas, porque ya están haciendo cuanto está de su parte por convertirle la pena en... ¡bueno en eso! Y digo que están en constante peligro porque en cuanto forcejeen un poco por

simular que tratan de defenderse, al menor contorsionamiento de la figura se les sube hasta los hombros ese trajecito de muñeca que usan ahora para andar por casa. Así resulta que hay, señores, que van a hacer una visita de cumplido a una señora de estas que visten a la moda sus chichas riquísimas, y a la primera visita salen de aquella casa con tanta confianza como si ya hubieran hecho sesenta y nueve o setenta visitas. Porque el que quita la ocasión quita el



INA, por Picó.

voy a liar con la señora... Con la señora voy a haecer filigranas.



¿Y por qué me gustará apurar tanto la colilla?

Dib. de Flix.

peligro; y las señoras y señoritas van ahora en constante ocasión de hacer feliz a un caballero o a un granuja de lo más perfecto.

Nuestras abuelas (¡las pobres!) se veían obligadas a ser más decentes, no porque ellas dejaran de sentir el avasallador deseo de estrechar a los tíos contra su corazón, sino porque una señora de aquellas, mientras se despojaba del polisón, daba lugar a que se sirviera el galán sin necesidad de ella.

Vuestro hasta el parpadeo,

INCÓRDIEZ.

Anuncios por palabras

Viuda joven y guapa, alquila colchón con o sin asistencia. Escribid Continental Celestina.

Señora agraciada, solicita 300 pesetas caballero que le ayude a ensanchar el negocio. Escribid Continental Celestina. A. M.

Joven sano, culto, fogoso, desea protección señora desvelada, con tal que a él le deje dormir de día. Continental Zurriago. Contraseña: Remolacha.

TODA LA CORRESPONDENCIA
AL APARTADO 8.032

En el Royalty

El domingo por la mañana, se pasó de prueba, con el teatro lleno, la hermosa cinta "Estudiantes y modistillas", de Antonio Casero, el madrileñísimo. Dice el refrán que, *con*

buen estómago, buenas digestiones te cascas. Pero si, además de buena materia prima, condimenta el manjar un buen cocinero... ¡La karaba con paletó!

J. Antonio Cabero que sabe de cosas del cine tanto como tiene de buena persona y de caballero (esto

nos lo ha dicho una amiga nuestra), ha sido el director artístico de esta película, obtenida estupendamente por el fotógrafo señor Pon, "as" del "ponéos delante del objetivo y veréis lo que pasa".

Y antes que se nos olvide. ¡Viva la Romerito!



UNA PREGUNTA, por Picó....

En este montón tan grande, una paja más o menos no se notará, ¿verdad? ..

Historia de Rosa Lida, con detalles de su vida.

por Mihura (Continuación.)



Por seguir algo locuela la llevaron a la escuela.



Pero al ver al profesor le hizo en seguida el amor.



Y a los dos meses le puso como un famélico ruso.



Salió de allí para entrar en clase particular.



Y mucho más que la comba le gustaba la zambomba.



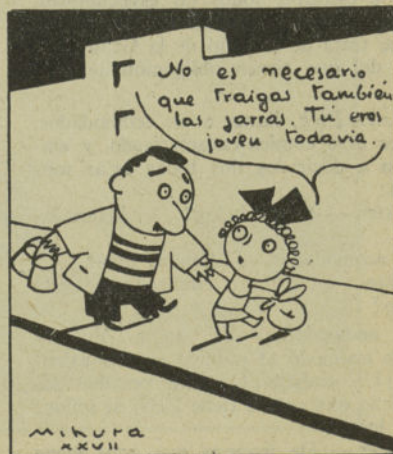
Como era bastante diestra le dijo eso a la maestra.



Que la arreó una patada llamándola desahogada.



Con su madre tuvo un lío pues metió en su casa un tío.



Y una noche de febrero se fugó con un lechero.

(Continuará.)



Como supongo que a ustedes les dará igual una cosa que otra, esta semana les voy a encasquetar una receta, para que puedan ustedes hacer una revista teatral de éxito seguro, como un presidio.

Esto es sencillísimo, y además de ganarse dinero, se puede usufructuar de capricho una segunda tiple bastante agraciada, aunque algo delgaducha.

Todo es cuestión de cara dura, y de tropezar con un empresario idiota.

Y esto es fácil, igual que conseguir a una vendedora de pirulís.

Verán ustedes.

La revista se puede llamar por ejemplo: *MONUMENTOS ESPAÑOLES.*

Para empezar la obra hay que buscar algo original. Debe procurarse que la primera escena ocurra en el patio de butacas, que es una cosa que divierte mucho a la gente.

De manera que se empieza así:

Cuando haya tocado un poco la música y el público ya está en sus asientos limpiándose el sudor, sale un actor por el patio de butacas caracterizado de turista inglés.

Esto es bastante fácil. Con una peluca rubia, un "monóculo", una pipa y un traje a cuadros, todos los espectadores, sin excepción, comprenderán en seguida que se trata de un hijo de la Gran Bretaña, del que tienen obligación de burlarse.

Mister Pick, llama a un acomodador, que es otro cómico caracterizado, y empiezan a decir los dos todas estas tonterías:

Mister.—¡Acomodador! ¡Acomodador!

El acomodador.—¿Llamaba usted?

Mister.—¿Osté ser empleado de este tegato?

El acomodador.—Sí, señor. Yo soy el que acomodo al público en sus asientos. ¡Un trabajo bastante pesado! Es un oficio que ya me tiene loco; sí señor; loco, loco...

Mister.—¿De manega que aquí viene un caballo?...

El acomodador.—Sí. Y yo lo coloco. (eD este chiste se reirá mucho la gente. No importa que sea viejo, pues ya he

dicho que se trata de hacer una revista de gran éxito.)

Mister.—Y, aquí, en este teatro ¿qué se vé?

El acomodador.—Unas obras muy bonitas y muy alegres. Ya verá usted qué de mujeres guapas.

Mister.—¡Oh! ¡Yo no quiero ver mujeres! ¡Yo quiero ver España! Yo he venido de mi país para ver lo típico de España.

El acomodador.—Pues no ha perdido usted el viaje, mosiú. Precisamente hoy va usted a ver aquí *MONUMENTOS ESPAÑOLES.*

Mister (Excesivamente contento).—¡Oh, qué alegría, qué alegría!

El acomodador.—Suba usted conmigo al escenario y lo verá de cerca. Pero vaya usted delante, pues, no quiero que me vean con un inglés detrás. (Este chiste tampoco importa que sea viejo. El público de hoy está cansado de trabajar todo el día, y no quiere calentarse la cabeza en comprender chistes nuevos. Los prefiere de esos, en que ya sabe, por costumbre, que no hay más remedio que reírse.)

Cuando *Mister* y *El acomodador* han subido al escenario y la gente se ha puesto muy contenta por poder estar cómodamente sentada en sus butacas, sin tener que estar con toda la cabeza torcida, se hace un oscuro, suena otra vez la música mucho, se levanta la cortina y aparece muy mal pintada en un telón la Catedral de Burgos. Formando grupo hay veinte segundas triples que cantan lo siguiente:

MUSICA

Somos monaguillos de la Catedral; llevamos cepillos con aire papal.

Somos monaguillos sanos y risueños y somos muy pillos aun siendo pequeños

(Hacen una evolución y se van muy de prisa para mudarse de ropa. En seguida cae el telón y *Mister Pick* y *El acomodador*, quedan en escena apoyados

en el bastidor de boca diciendo ésto, que es un trabajo inútil que se toman, pues los tramoyistas arman tal escándalo preparando el decorado siguiente, que no se les entienda una palabra.)

Mister.—¡Qué encantadogues estag estos monaguillos! ¿Qué vamos a ver, ahoga!

El acomodador.—Prepárese. Ahora va usted a ver el acueducto de Segovia.

(Y aparece el acueducto de Segovia. Por la derecha entran unas cuantas chicas vestidas de segovianas y en medio de ellas, la primera tiple. Se conoce que es la primera tiple, no porque sea mejor que las otras ni mucho menos, sino porque lleva los ojos más pintados, un lunar más que las demás, y es un poco



¡CON ESTE CALOR!, por Demetrio.

..Mi señora es una artista en esto de disfrutar del helado. Porque no se crean ustedes que ahora se toma este mantecado: Se sienta encima de él. ...

más gorda que las otras. Lo que demuestra que le dan más sueldo y puede comer mejor.)

Y todas las coristas cantan esto desafiando mucho:

MUSICA

Somos las segovianas,
las segovianas,
las segovianas.

Somos lisas y llanas,
lisas y llanas,
lisas y llanas.

(Pero entonces la primera tiple se adelanta en seguida a la batería, mira de reojo al director de orquesta y va y dice moviendo mucho los brazos:)

Y somos castas
y somos puras
aunque todas tenemos
estas hechuras.

(Luego las coristas repiten otra vez lo de las segovianas lisas y llanas, y, en cuanto terminan, la primera tiple insiste en decir que también son castas y puras. Pero en seguida todas las señoritas del conjunto vuelven a decir lo suyo. Y así están mucho tiempo. Todas quieren quedar encima. Hay una disputa tre-

menda. Entonces el público se cabrea- rá un poco ante esta actitud tan irrespetuosa y ellas se irán, por fin, y por la izquierda.

Mister Pick y el acomodador que, mientras ha pasado todo esto, han estado en una esquina del escenario hablando muy serios de sus asuntos particulares, dicen lo siguiente:

Mister.—Yo ahoga queguer veg algo de Madrid.

El acomodador.—Pues ahora va usted a conocer al pueblo madrileño, que tiene un hermoso corazón,

(Se levanta la cortina y aparece la estatua de Colón. Hay que reconocer que esto no es de lo más castizamente madrileño y que mejor hubiese sido sacar a escena el Dos de Mayo o la Cibeles. Pero es más conveniente la estatua de Colón, pues además de haber ya muchos chistes hechos a costa del célebre navegante, que se pueden aprovechar, conviene también estrechar los lazos hispanoamericanos y hasta es probable, que de este modo, el *A B C* abriese una suscripción para premiar a los autores.)

Están en escena un golfillo y una golfilla vendedores de periódicos. Tienen un diálogo algo picante, cosa que conviene mucho en esta clase de revistas. (Claro que aunque es picante, es fino.)

Golfillo.—Esto de los periódicos ya no da dinero. Antes sacaba una peseta diaria.

Golfilla.—Y ahora, ¿por qué no la sacas?

Golfillo.—Porque hay señoras..., hay señoras que no dejan a los maridos ri que se gasten diez céntimos.

(Los caballeros, entonces se troncharán en las butacas y las señoras pondrán esa cara de idiota que ponen siempre las mujeres de cincuenta y tres años, cuando quieren dárselas de ingenuas.)

Golfilla.—Pues yo tengo dinero añorrrao.

Golfillo.—Yo también ahorra- bates. Llegué a poseer una moneda de cinco duros.

Golfilla.—¿Y la metiste en el Monte?

Golfillo.—¡Yo qué la iba a meter en el Monte! ¡La metí más abajo! En una casa de préstamos de la esquina.

Golfilla.—Bueno. Voy a ver si vendo algo.

Golfillo.—Y yo. (Su única misión consistía en decir lo de la peseta y lo del Monte y una vez dicho eso, ya no tienen nada que hacer allí. Y claro, se van.)

En seguida, es conveniente que salga una actriz muy seria, vestida de maja, y que se ponga a recitar unos versos, que pueden empezar así:



—Aquí me tienen ustedes tomando un baño de sol. Yo tomaría otra cosa, pero son tan roñosos ahora los tíos...

Madrid, el de las chulapas, con el mantón *alfombrado*, ya no existe, se ha *marchado* y no figura en los mapas.

Y siga diciendo que esto es una lástima, y que parece mentira que ahora llevemos pantalón chanchullo y las mujeres el pelo a lo Manolo, y bailemos el charlestón, y que si tal y que si cual. Y después de meterse mucho con estas cosas, se marcha dando un viva a España y otro a la República Argentina.

Luego salen unas chicas con un balón en la mano, diciendo que ellas saben jugar muy bien a la pelota.

Y en seguida tiran el balón al público para que jueguen entre ellos.

Para dar mayor animación a este número, sería conveniente alquilar un solar cerca del teatro, para que los espectadores se fueran allí un rato a jugar. El espectáculo se suspendería por algunos minutos y todo el público lo pasaría muy bien y muy entretenido.

Cuando el público volviese otra vez al teatro y estuviera nuevamente colocado en sus asientos, Mister y el acomodador podrían decir:

Mister.—Ahora yo quiero ver algo andaluz.

El acomodador.—Pues hecho. Como final va usted a ver la andalucía castiza de pandereta. (Y como ya es lo último que tienen que decir, se van muy contentos por la izquierda, quitándose la peluca y los zapatos.)

Se alza la cortina y, ante un telón que representa la Giralda, aparece un numeroso grupo de jóvenes con mantillas y mantones de Manila, colocados en forma de apoteosis.

La primera tiple y otra, agarran un mantón, cada una por un extremo, se adelantan a las candilejas y, mientras los de la orquesta empiezan a tocar con todas sus fuerzas un pasodoble, ellas dos cantan esto a grito pelado:

MUSICA

Mantoncito
mantoncito
mantoncito
mantoncito
mantoncito
mantoncito...

Chinda, chinda
chinda, chinda
chinda, chinda.

Mantoncito
mantoncito
chinda, chinda
mantoncito
mantoncito.

(Evolucionan y vuelven a decir otra vez:)

Mantoncito
mantoncito
mantoncito
mantoncito
chinda, chinda
chinda, chinda
mantoncito
mantoncito, etc...

Entonces, todo el público emocionado por esta canción de tan íntimo sabor español, empezará a aplaudir y a llamar a escena al autor de la letra.

Cuando repiten el número, sacan otro mantón diferente y los espectadores, al darse cuenta de que cada vez que lo repiten ven un mantón distinto, se dedican a aplaudir mucho.

Como los mantones pesan bastante y las pobres tiples estarán cansadas de estar trabajando todo el día y de sostener ese peso, pueden salir dos tramoyistas a sostenerlo y todas las chicas se pueden ir a su casa a acostarse.

Los mismos tramoyistas pueden cantar lo del mantoncito, ya que no encierra grandes dificultades.

Y cuando han sacado todos los mantones que tiene el guardarropa, se termina la obra, dando otro viva a España y a la América latina.

Y el éxito es seguro.

Estas cosas suelen gustar bastante. Somos muy brutos.

MIGUEL SANTOS.

Madrinas de guerra

Las solicitan:

Mariano Gómez, cabo, y Vicente Portas, soldado, Regimiento de

Zapadores Minadores. Compañía expedicionaria.—Torres de Alcalá.

Rafael Gómez y Pascual Aromendi, legionarios, Campamento de Taúma, Representación.

Fernando Durán de Altamira, Juan Die y Pascual de Romanzocabos, y Manuel Mariano Tarragó, soldado, del Batallón de Cazadores de Africa, núm. 1.—Oficinas de Mayoría, Tetuán.

A. Rodríguez Galver; A. Martínez Robles; E. Escribano Malo; E. González Muñiz. A. Castilla; Yepes y J. Guerrero Sanchiz. Escribientes del Centro de Intervención. Arcila. Carlos Soriano Aguilera (Ceuta); Pedro Ruiz Acedo; Pedro Asín y Manuel Algarrad López (Tetuán), De. Batallón de Ingenieros de Tetuán. Compañía de Telégrafos de la Red. Los cabos, Agapito Aullano; Ildefonso Gil y Ángel Iberu, perteneciente a La Legión, 3.ª bandera 8.ª Compañía Belic de Quctama. Melilla.



DE MERIENDA, por Picó.

—A mí en el campo es donde mejor me sabe la tortilla.

—Pues a mí me revienta que todo el mundo la vea a una.

Imitaciones

Cosas de Belorcio

Fritz tiene miedo a las tormentas

—¡Trrrooonnn!...
—¡Bendito se astá el Ave María Porrisimo!

—¡Pero, Fritz!...
—¡En el nombre del Padre, del Hijo y de todo el Espiritu Santo, Amén!

—Pero, ¿qué es eso, Fritz?
—Que yo ma estoy todo santiguado.
—¿Eres supersticioso?

—¡Oh, sí carramba! Yo me soy todo superrrrisioso, como tú te dises... Yo no ma estoy un gochino sinfergüensa que no se teme a Dios!

—¡Adiós!... Luego, ¿tienes miedo a las tormentas?

—¡Oh, sí; yo me temo grandemente a un mal rayo que ma sea partido!

—¡Bah! Lo mismo te partiría si no te santiguases. Los rayos no son producto de la cólera divina, sino consecuencias naturales de fenómenos físicos.

—Puede..., puede que te tengas toda la razón, perro, yo ma estoy grandemente miedoso a la tormenta; sobre todo, desde que ma sucedió lo que ma fué sucedido con la esbosa de mi moy mucho querrido amigo Otto-Talla.

—¡A ver a ver; cuenta, que eso debe ser muy interesante!

—¡Oh, sí, carramba; demasiado interesante. Verrás. Mi moy mocho querrido amigo Otto, se astá de guéspede en una moy demasiado modesta casa de las afueras de Berlín. Mi amigo Otto se astá casado torro el con una bresiosa muquer, rubia todo su capeso, tan bresiosa, que maldito sea su señor padre. Otto se es tenedorr de libros en una ofisina a las afueras de la capital, y como los marcos se están moy demasiado difísiles de ganarr, mi carriñoso amigo las pasa todo él moy demasiado estrechas...

—¿Y su mujer?

—¡Ah, su esbosa, las pasa como puede...

—Sigue.

—Mi amigo se tiene una sola hapitación con una sola cama.

—Es natural, tratándose de un matrimonio solo.

—Sí, se es natural; perro... yo que ma estoy muy querrido de mi demasiado puen amigo Otto, tuve a la nesesión de ir a Berlín, y como ma estaba opligado, ma fué a parrar a su casa.

—¡Caray; eso es más grave!

—Sí, carray; moy grave... Se es como tú te dises, de pronóstico... callado.

—Continúa.

—Yo ma presenté toda ya entrada la noche a la casa de mi amigo Otto; mi corriñoso amigo, que ya estaba senado, ma diio al perme:

—¡Perro mí moy pedaso de bruto, amigo Fritz; ¿cómo no ta estabas avi-

sado de esto? ¿No ves, mi puen amigo, maldita sea tu señorra madre, que ya nos estamos senados y no tenemos para ti ni un pedaso de tortillo?

—¡Ah, no te apurres por eso, mi puen Otto—le dije—. Yo ma estoy bien mendrado esta tarde.

—¡Oh, no se importa eso!—contestó Hilda, la pella esbosa de mi amigo— Yo ma tengo un filete parrá que Otto

sea almorsado mañana; que se lo coma Fritz.

—Yo ma fuí un poquito resistente; perro al fin, tanto fui el porfiado, que ma dije: ¿Qué he de haserle? Antes que se lo coma Otto... me lo comerré yo! Y fui consentido que Hilda ma diese el filete...

—¡Picarón!

—¡Oh, no; picarrón no! Yo no podía ser despreciado a la pella y carriñoso muquer.

—Es natural.

—Fueno... Apenas nos afiamos senado, antoneses dijo Hilda, moy mocho nerfiosa:

—¡Fámonos a la cama!

—Otto la miró moy mocho alarmado también y dijo:

Diríjase toda la correspondencia al
Apartado 8.032

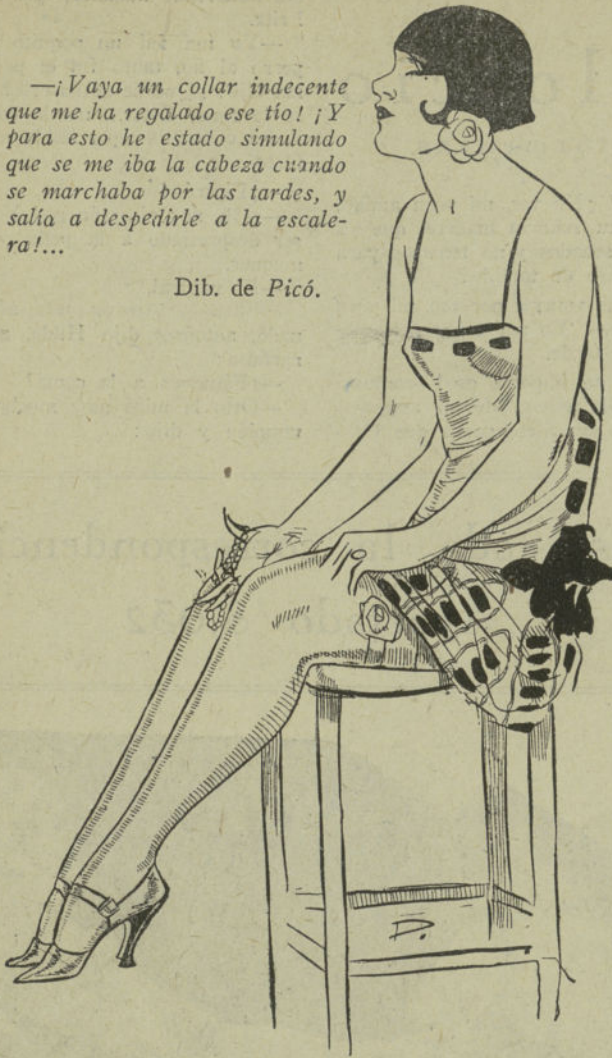


TAURINA, por Moliné.

—No hay cosa mejor. Para que el marido se fije y acuda, no hay como alegrar a otro.

—¡Vaya un collar indecente que me ha regalado ese tío! ¡Y para esto he estado simulando que se me iba la cabeza cuando se marchaba por las tardes, y salía a despedirle a la escalera!...

Dib. de Picó.



—¡Sí, fámonos a la cama!
 —Yo, antones pregunté:
 —¿Qué pasa a Hilda?
 —Y Otto dijo:
 —Que sa está la tormenta ensima y mi pobresita esbosa se está moy miedosa a los truenos.
 Entones yo dije:
 —¡Caramba. Se es moy mocha lãstima la de la tormenta, porque voy a ser mocado al camino.
 —¡Oh, no; carry!—dijo Otto—. Tú te serás, venido a la cama con nosotros, ¿no te parrese, Hilda?
 —Hilda bacó los ojos y no fué dicha nada... ¡Oh, qué pella se astaba Hilda con aquella caída de ojos! Yo ma fuí moy mocho porfiado; perro... los truenos se eran ya tan horriples, que ma fuí el consentido y ma quedé.
 —Otto, antones apagó la lus, y ma dijo:
 —Tú serrás acostado a la derecha, yo serré acostado a la izquierda y mi pobresita esbosa, serrá acostada en medio de los dos, así no se está tan miedosa. Y nos fuimos acostados. Yo confieso que la tormenta se astaba moy demasiado horriple en aquella casa del cam-

po, y que éramos los tres con carne de gallino. La pobresita Hilda se era la más miedosa, ¡caramba!, y no se hasía más que ser movida de un sitio parra otro. Yo no la feía en la oscuridad, perro la sentía el sospirrar de un modo que, ¡carray!, ma estaba yo todo conmovido. Mi amigo Otto, que se era el conosido todo el de los sustos de su pella esbosa, se tenía tomadas todas sus brecauciones parra que no la fuese pasado nada...

—Yo hubiera hecho lo mismo...
 —Sí, claro es... ¡Mi moy, carriñoso amugo la tenía sujeta con la mano derecha del sitio de más miedo parra evitarla que en un trrueno de aquellos tan horriples diese el salto y la fuese pasado algo... ..
 —¡Excelente precaución!
 —De prrro... ¡Trrroooooonnn... ¡El Ave María Porísimo me valga!... Fue dado un trrueno horriple, aspartoso, kolosal. Mi amigo Otto, que se es superrrisioso, como tú te dises, sacó el mano de debajo del sábana y se fué santiguado lo menos tres fesos... ¡Sí; defieron ser tres fesos lo menos...! Hilda se fué dado un demasiado grande grito y un salto

horriple y yo... yo no me soy todafía da do cuenta de lo que hise, sólo sé que mi moy, carriñoso amigo Otto, cuando volvió la mano debajo del sábana ma gritó moy mucho enfadado:

—¡Perro Fritz... mi moy querido amigo; ¡maldita sea toda tu estampa!—¿qué te hases, sanfergüenza, que no ma das tiempo ni parra ser santiguado?...

Por la vil parodia,

FIDEL PRADO.

De chisme en chisme SE BLASFEMA...

Que unos aplaudidos autores, que han estrenado con éxito varias obras robadas, se ven en un compromiso terrible, porque, habiéndoseles extrañado una cuartilla del último manuscrito *substraído*, no saben rehacerla, aunque se han leído la obra ochenta veces. Deseamos ardientemente que los aplaudidos autores encuentren en otra obra que roben en estos días una cuartilla que sirva para el manuscrito incompleto, sin necesidad de que los pobres tengan que estrujarse el balón; ni frotar desesperadamente las defensas por las paderes.

Aprovechando la circunstancia de que la señora de un empresario siente una debilidad de desvarío por los autores fornidos, va a reprisar "El zorullo macilento", la ya casi centenaria revista, nuestro particular amigo el aplaudido autor Agapito Sonoro y Daguarte. Agapito, para dar gusto a la empresaria, ha hecho un número que a poco que discurren ustedes caerán el número que es.

Es de lamentar la irrevocable decisión tomada por la bella dama joven de la compañía del primer actor señor Deltrote, la cual se ha despedido de la compañía por el fútil motivo de que, por exigencias del papel, tenía que ponerse una peluca negra en la obra próxima a estrenarse... Parece ser que, cuando ella se negaba a ponerse la peluca negra, alegando que le gustan mucho las rubias, dijo el señor Deltrote que esa preferencia era para tenerla a puerta cerrada y no para manifestarla en público. Con la bella dama joven, se marchan todas las rubias de la compañía.

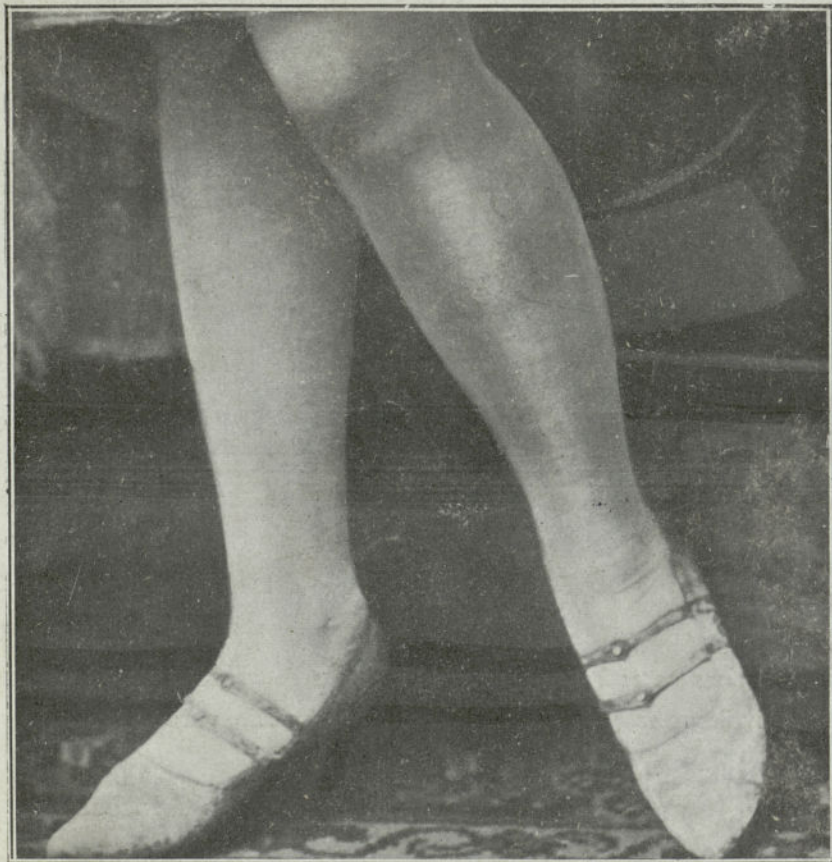


El verano trae desgracias como la de poder contemplar medio *aaánica* a la hermosa actriz alemana Eva Gual. Hela aquí regocijándose con su muñequito de trapo. Si yo apareciese en escena, la aconsejaría que con esas rodillazas tan ricas no está bien jugar con muñecos de trapo. Que está en edad tipo y condiciones de jugar con muñecos más resistentes; de cemento armado, por ejemplo.

¡ Ah, qué rica es esta *tía*!

INCÓRDIEZ.

500



Antes de finar agosto
comenzaremos a publi-
car las espantosamen-
te bonitas pantorrillas,
con las que vamos a
formalizar el

**Concurso de
piernas, prime-
ras zonas del
muslo y pin-
reles.**

¡Y van ustedes a con-
templar de cerca la flor
de la canela!